

do echaba de menos un plan político, una mira social, un designio económico.... Cañedo y Almonte, federalistas exaltados, defendían la centralización y los fueros. Echeverría cuidaba de las economías y del buen manejo de los caudales públicos. Jiménez conservaba los antecedentes clericales y los embrollos de la justicia, y el Presidente, con mano férrea, y de la mejor buena fe, creía que sólo en sangre se ahogaban los trastornos, sin adhesión á creencias ni á principios determinados, aunque en el fondo con admiración profunda por el sistema español y por Iturbide.

Había banderas, luchas y facciones revestidas con diversos trajes políticos; pero estos trajes eran patrimonio de poquísimos propietarios. A los enemigos del Gobierno los animaba la idea de tirarlo para que lo substituyera otro que los empleara: «Quitate tú para ponerme yo,» era la fórmula y el programa de las revoluciones en su último análisis.

Con motivo de la carta de Gutiérrez Estrada encareciendo la monarquía, carta inspirada por el atentado del 15 de Julio próximo anterior, promovido por Urrea y por Farías, se habían engrosado las filas de los liberales y arruinado á Almonte, que un folleto elocuente había defendido los fueros de la soberanía nacional y de la República.

Entretanto el descontento se respiraba en la atmósfera; los conatos de pronunciamiento se centuplicaban, la prensa se envalentonaba, y esbirros, espías, delatores y truchimanes del escándalo hacían su Agosto.

Los abogados á figurar en el *nuevo orden de cosas*, eran obsequiados y considerados, y de las tiendas de empeño se exhumaban sables y charreteras, uniformes y distintivos, como que se aproximaba su exposición.

En los pocos momentos que me dejaban libres mis ocupaciones, hacía mis frecuentes visitas al Colegio, como las escapadas del marino próximo á entregarse al grande Océano, frecuenta los jardines, las plazas y calles de su país natal.

Quería que se me fijase bien el pasadizo de la entrada en que el Sr. Iturralde, devoto del amor como ninguno, recibía damas alegres y de juego libre, con edificación de los estudiantes: me detenía en el descanso de la escalera en que se situaba un ollón de agua caliente en que tomábamos solas tablillas de chocolate y extraíamos un lodo de cacao ó como de ladrillo que nadie podía pasar. Me estacionaba en la escalerilla contigua al segundo patio en que instalaba yo mi bufete sobre el escalón pelado, de cartas de amor y versos en cambio de bizcochos, dulces y cigarros; contemplaba la higuera del segundo patio, en que se balanceaba Carrasco, héroe después en la guerra americana; la banca de Rodríguez de San Miguel, el cuarto de Bros Camilo que abandonaba los estudios de jurisprudencia para inscribirse en el Colegio de Medicina.

Entraba á la cocina en que la vieja jorobadita sólo ponía manteca á los frijoles cuando había propina extraordinaria, y descansaba al fin en el cuarto de Juan Lacunza que componía sainetes, preparaba versos á la

Manito ó Cayetana, actrices del teatro de los Gallos, ó concertaba un juego de pelota.

¡Oh qué vida la del colegio! ¡Cómo adquieren colorido y encanto aquellas peripecias de la pobreza, aquellos amores de plan incierto, los celos y las reconciliaciones, aquel vender un *chantreau* para comprar un panecito, aquellas confidencias del chasco al tutor, el engaño á la vieja, el vestido prestado, el caballo de alquiler para la expedición campestre! . . . Y todavía al recordar esos adioses á la juventud, pasan como en jardín en que destruye el invierno ráfagas tibias y perfumadas que parecen engañar á plantas y flores con las delicias de la primavera.

La vejez ha robustecido en mí la pasión de mi colegio á un punto que yo mismo me reprendo, porque amo sus piedras que quedan, me lastiman sus transformaciones, y cuando lo reconstituyo en mi memoria, me siento joven y feliz.

Sin abandonar mis afectos, sin dejar mis hábitos, ni privarme de mis excursiones al *Reino del brío*, habían cambiado las decoraciones de mi teatro y era mi centro y el lugar de mis nuevas relaciones el *Café de Veroly*.

El café de Veroly estaba donde hoy se encuentra el Café Inglés. Tenía tres puertas, dos exteriores que daban á las calles del Coliseo, y Coliseo Viejo y una interior que conducía á las entradas del teatro y se bifurcaba llevando una al pórtico y la otra al foro.

El patio del café se extendía bajo clara techumbre

de cristales, corriendo más sombrío bajo los corredores de la parte alta, subdividida en cuartos pequeños y salones para el servicio de la fonda.

Todo el patio y bajos de los corredores lo ocupaban en todas direcciones y á cortos trechos mesitas tripié de fierro y lámina barnizada y en que se hacía el servicio del café y se jugaba ajedrez y dominó. Cada mesita estaba dotada de una gruesa botella de vidrio y un enorme brasero de metal amarillo con ceniza y brazas para alimento del fuego *sacro* de cigarros y puros.

En el fondo del café, y teniendo por respaldo un gran espejo, estaba el armazón de cantina, trastos de servicio y el mostrador con charolas, pozuelos y tazas, servilletas, etc., para servirse café sólo y con leche, tostadas, molletes, roscas de manteca, te, copas de calalán y de licor, y á hora oportuna ponches ó refrescos.

En la parte superior del café, en cuartitos separados, con todos sus adminículos, estaba la fonda, citándose los concurrentes á su voluntad y ofreciéndose locales para servicio de familias.

La concurrencia al café la fomentaba el teatro y los actores que allí se estacionaban: eran como el pie veterano de aquella célebre negociación.

En la tarde, militares y empleados ociosos, vejetes calaveras, tahures empedernidos, niños finos y polluelos pretensiosos se envolvían en una atmósfera de humo de tabaco y formaban grupos en las mesas, ya de disputadores políticos, ya de obscenos oficiales que escupían por el colmillo y daban alas á la crónica escan-

dalosa; ya de gentes de estas que se dicen decentes, sin oficio ni beneficio, que viven de parásitos de su familia, de sus amigos y del Erario, que ven como capital enemigo al trabajo honrado.

Si al cuadro anterior lo anima la imaginación con el ruido de marchantes y transeuntes, las disputas aquí, las risas acullá, los criados corriendo por entre la gente y los concurrentes al teatro, con sus delantales al cinto y sus charolas en las manos, los curiosos agrupados de pie al rededor de las mesas de dominó y de ajedrez, fumando luengos puros; las palmadas, ruido de platos y destapar botellas de los comedores de la altura, apenas se formará idea del espectáculo que ofrecía el famoso café de Veroly.

En él podría hacerse conocimiento con el manco Ribot, jefe de marina, francote, manirroto, espléndido, célebre por su desafío con Lemanat; allí, Pepe Muñoz, el burlador de frailes y monjas que tuvo colgado á un lego de un balcón para divertir á la gente; allí Leandro Mosso, Rodríguez y Carigton, famosos jugadores de ajedrez; allí Alejo Barreiro, aplaudido por sus chistes y su mímica; allí Diego Correo, tartamudo lleno de talento y de chiste para la crónica; allí D. Joaquín Patiño, de luenga barba blanca y voz estentórea, de erudición asombrosa, de hablar autoritativo y brusco, de genio endemoniado y de un corazón noble y levantado; en una palabra, allí la flor y la nata de periodistas, músicos, danzantes, literatos, valientes y gente de rumbo y de trueno. En varios de esos grupos era yo

admitido, aunque en segundo término, pero alegre y confiado lanzando versos á roso y á belloso en improvisaciones calurosamente aplaudidas que en Dios y en conciencia merecía la mejorcita una pela de azotes.

Me arrancaba de la seductora concurrencia que acabo de bosquejar, para ascender á las altas regiones donde la inquietud crecía, los conatos revolucionarios mantenían la aptación, y la anarquía se hacía sensible en el mismo gabinete.

En la frontera el hambre y la actitud de descontento de las tropas forzaban al general Arista á tomarse licencias en la aduana que produjeron escándalos y determinaron la salida del Gabinete del Sr. Echeverría, reemplazándolo el Sr. D. Manuel María Canseco, empleado sufrido y tirante, resurrección del empleado de la época virreinal, monosilábico, cejijunto, de andar pausado, de mirada recóndita é interrogativa, de mucho ripio y mucha pauta de comisos en el chirumen, paliacate en mano y rosario de gruesas cuentas en el bolsillo.

Á D. Manuel Payno, Bustamante, D. Manuel María Canseco y D. Tranquilino de la Vega llamaban en la finanza los oráculos de la ciencia fiscal.

Yucatán era una cena de negros, Tabasco un Campo de Agramante; en todos los Estados cundía el descontento, y la prensa altercaba, reñía declamando en todos los tonos y sacudiendo con convulsiones peligrosas la combatida administración.

En Jalisco estalló al fin la rebelión disfrazada de

movimiento local, y como era de costumbre estar en estado de pronunciamiento, era como estar de frasca y de bureo.

Se resfriaban y desaparecían los mejores amigos; se aparecían con su corte los parientes y amigos de los pronunciados; llovían los anónimos, las escaseces de los empleados los hacían aullar contra el ministerio, y Gondra y yo tirábamos tajos y mandobles acarreándonos dieterios y odios acaso inextinguibles.

La revolución de Jalisco se ramificó por toda la República, y caracterizó su importancia Veracruz, cuyo peso se temía como decisivo en la balanza de los cambios políticos. Santa-Anna aparecía como medrador; pero todos comprendían que era la mediación de un lobo entre dos mastines que riñen.

Inesperadamente el general Valencia se pronuncia en la Ciudadela de México, y entonces, por primera vez asistía á ese comercio vil de hombres que hacen promesas de un lado y se venden al contrario; de los que se ofrecen como confidentes aquí y son espías del enemigo

Por otra parte, hombres de armas como el Sr. Bustamante, hombres que arrostrarían peligros personales en que la existencia se jugara á un albur, se desconciertan y descaminan con la charla política, el kaleidoscopio de la opinión y las sombras de que suele rodearse la intriga.

Las circunstancias hicieron que á más del *Diario* se publicaran boletines para tener á México más al co-

rriente de los sucesos, y el Sr. Gondra, como muy conoedor del mundo, quiso hacerme el honor de que yo escribiera de preferencia aquellas hojas insultantes, que escribía con la más sincera vehemencia, puesto que defendía á mi bienhechor y á personas muy queridas de mi corazón como eran, entre otras, Almonte y Cañedo.

Pero lo que hería hondamente, lo que dejaba sangrando la carne viva de mi inexperiencia era la serie inaudita de traiciones que brotaban á mi alrededor, que tenía por increíbles aun palpándolas, y que aprendí entonces á conocer, como preludios del *sálvese el que pueda*, en las revoluciones.

Aquel General X*** que se levantaba de la mesa del lado del Presidente, llevándose, robados, datos para sorprenderlo y aniquilarlo impunemente.

Aquel R*** á quien tenía confiada su persona y secretos el Sr. Bustamante, que figuró en su contra como una aparición en el sangriento encuentro de la Vega.

Aquellos pretendientes de última hora pidiendo pagas, mejoras de empleos y certificados de lealtad.

Y aquella canalla que se precipitaba alrededor del Gobierno agonizante como aves de presa para disputarse sus despojos. Todo esto me lastimaba y me exponía á la burla de los aguerridos en estas escenas, de las que los veteranos políticos sacan partido.

Una noche supe que en el segundo patio de Palacio, cercano de la imprenta y vecino de las caballerizas, donde existía no sé qué almacenes de artillería, se

tramaba una junta para aprehender al Sr. Bustamante. . . Yo me dirigí hacia allí, antes de que la reunión se verificase, y no sin riesgo, logré desbaratar aquella infame trama. Cuando volví triunfal á comunicar lo ocurrido á uno de nuestros defensores más caracterizados, me dijo: . . . —Muy bien, chico; merece Ud. una espada de honor; y llevándome aparte, me dijo: . . . No sea Ud. niño; este pobre *come huevos* no tiene remedio . . . y recordando las palabras de cierta comedia política, muy en boga, llamada la «Escuela del Aspirantismo,» me decía:

«¡Pascual, Pascual! al que te sacó del polvo de la nada y te colocó en un trono de cristal, si lo ves caer, déjalo rodar.»

¡Yo, tonto! me separé de este hábil político con las lágrimas en los ojos.

Los corredores de Palacio estaban convertidos en cuarteles, con sus armas en pabellón; sus mujeres haciendo lumbre; cosiendo ó teniendo en las faldas las cabezas de sus soldados, y su trajín de ayudantes, próceres y sirvientes que entraban y salían á las piezas interiores.

Repentinamente, y por consejo é influjo del Sr. Almonte, el Gobierno se pronunció por la federación en medio de repiques, cohetes y regocijo del populacho que se entusiasmaba con los recuerdos de la federación.

Aunque los personajes prominentes del partido federalista eran en su mayoría patriotas, sabios y enten-

didados, el número era cortísimo, que educaba, por decirlo así, pequeños círculos que se aislaban ó tenían por vínculo la masonería yorkina.

En estos círculos, el pensamiento dominante, después de la Independencia, fué combatir los elementos clerical y español, y no se trataba de formas de gobierno, ni de programa alguno, de lo que se llamó Partido del Progreso. Así es que cada quisque de cierta ambición tenía en el bolsillo ó en la copa del sombrero su Virgen de Guadalupe y su plan *sin bases* para regenerar á la Nación.

No obstante, las masas instintivamente proclamaban y seguían á Farías, quien tenía un verdadero ejército de descamisados, que estaba á sus órdenes.

Entre éstos había pensadores profundos y hombres eminentes en las letras, como Quintana Roo, Zavala, Olaguíbel, Pesado, Couto, Mora, Rejón, Cerecero y otros. Pero éstos, en su mayoría, no eran hombres de acción, y éstos se hacían representar por *matones*, por hombres sin educación ninguna, analfabéticos, turbulentos y dañinos; pero no era posible otra cosa, porque los que mediaban con los infelices, los que estaban en posesión ó se disputaban sus intereses, no podían suicidarse con la adopción de las ideas liberales.

Estas ideas liberales andaban como escondiéndose, como temiendo la repulsión por todas partes, y apenas las acogían, en escondites contados, Olaguíbel, Don Hipólito Rodríguez, dueño de una pequeña fábrica de fideos, calle de las Escalerillas; Don Jose María del Río,

bizcochero muy entusiasta por Olaguibel y Balderas, sastre; Díaz, zapatero, etc.

Desempeñó papel notable en este pronunciamiento por la federación, el Sr. Lic. D. Juan José Baz, quien se hizo célebre por su intrepidez, su odio á clérigos y soldados, y sus acciones de buen chico y franco y generoso compañero.

Era Juan José un muchacho rubio, delgado, ardiente, de estremecimientos, apasionado, de manos listas y de hablar imperioso, no obstante que su voz tenía un tiple poco simpático.

Baz pertenecía á una familia rica y muy distinguida de Guadalajara, y contaba en sus ascendientes títulos de alta y reconocida aristocracia.

En Baz todo era pasión: desde fungir de torero en los toros que los colegiales disponían en el Colegio Seminario, hasta los empeños de amistad ó los lances de amor. No sabía disimular ni mentir, y era excelente su corazón.

Esta misma impetuosidad de carácter, este no rehuir la responsabilidad que le atraían sus diabluras, le daba importancia en un partido, que á cada instante tenía que rifar el todo por el todo y atropellar con hábitos, creencias y preocupaciones que formaban el modo de ser de nuestra sociedad.

En la impaciencia que devoraba á Juan José por la realización de sus ideales, caía en lo arbitrario y tiránico, formando esos arranques contraste con rasgos de bondad suma y con actos caballerosos.

Una vez reconvino á un lépero por una infracción de policía. El lépero contestó, justificándose; Baz le impuso una multa; el lépero respondió refunfuñando que pagaría; Baz le dió un manazo; el lépero le contestó su golpe, enfurecido; los policías se lanzaron sobre él para amarrarlo; Baz se puso á su lado para defenderlo. . . . — Este hombre está en su derecho, dijo; yo, aunque Gobernador, tenía facultad para corregirlo, no para pegarle. . . . Queda Ud. libre para que tomemos armas iguales.

El lépero, muy encogido. . . . dijo que iría á pagar la multa, y Baz la pagó por él.

En los más grandes peligros no se le veía término, porque era muy valiente; con su fraquesito azul muy castrín y muy desembarazado; sus travesuras con sus amigos y sus cuentos colorados á que era muy afecto. Cegado por la cólera, cometía faltas que ó reparaba caballeroso, ó no dejaban rastro, ni daban entrada á la venganza en su corazón.

Baz nos quiere hacer felices á palos, decían muchos; y si esto no era evidente, tenía mucho de verdad.

Personajes como los que he mencionado, entraron como aparecidos al Palacio al verificarse la transformación del Gobierno que proclamaba la federación.

No obstante lo exótico del pronunciamiento, á pesar de traslucirse que se trataba de una comedia de circunstancias, los instintos del pueblo se manifestaban claramente por aquel cambio que no sabían aplicar con conciencia los que lo aceptaban.

Aquel recurso tardío fué de momentánea duración. El pronunciamiento aparecía triunfante en la Calzada de la Viga, aunque había tropas del Gobierno en Palacio.

Coches, vendimias, curiosos y paseantes, inundaban las calles, que conducían á la Viga, donde hubo un llamado combate que puso de manifiesto las traiciones de nuestros amigos y nuestra impotencia.

Los agiotistas de la época se jactaban de haber llevado recursos á uno y otro campo de batalla para prolongar la situación y sacar raja, preparando el terreno para que cada partido reconociese con creces las deudas del otro.

Al fin, como preliminar de los convenios que debían terminar la revolución, que tomaron el nombre de la Estanzuela por el lugar en que se firmaron, desalojó el Sr. Bustamante Palacio, y fué á habitar á la hoy Ciudad de Guadalupe Hidalgo, á la casa del canónigo Corona.

La víspera, las tropas fieles pernoctaron formadas, y en alarma, en la Plazuela de San Lázaro y *el Juil*, camino de Puebla.

Los empleados desertaban en bandadas, llevando muchos, de ellos como testimonios de adhesión secreta al Gobierno, cartas y documentos del enemigo; desempolvábanse retratos del héroe de Tampico y los exponían en tiendas y salones; brotaban como hongos parientes desconocidos del héroe vencedor de Barradas, y se puso de moda el desarre veracruzano, el hablar

como jarocho y los sones del Butaquito y la Petenera.

Los poquísimos empleados y jefes fieles al Sr. Bustamante se alojaron en las casas de los canónigos. Al Presidente le quedó una cortísima guardia, que no sabía qué carácter tenía ni qué misión desempeñaba.

Con este motivo, recuerdo una anécdota que fué para mí lección elocuentísima de la influencia de las vicisitudes humanas.